

LA MIRADA ESCRITA Y LA FOTOGRAFÍA DE LA ESCRITURA¹

WRITTEN LOOK AND PHOTOGRAPHY OF WRITING

Jairo Enrique Portillo Parody

Universidad de Los Andes, Núcleo Universitario “Rafael Rangel”, Instituto Experimental
“José Witremundo Torrealba”. e-mail: portillo@ula.ve

Resumen

Buscar palabras sepultadas en lo vivido por temor y que las mismas no sobrevivan al olvido. Sin perder el asombro utilizo de apoyo a la etnografía que no me exige nortes predeterminados, sino un estar allí, preguntarse ¿qué acontece? y narrar lo vivido. Omira Lugo, Rafaela Baroni y la Isla de Cubagua son los pretextos.

Palabras clave: narrativas culturales, Omira Lugo, Rafaela Baroni, Isla de Cubagua.

Abstract

Search words buried in lived experience, for fear that they will not survive into oblivion. Without losing the wonder, I use ethnography which allow to research without pre-establish objectives. But a being there, wondering what happens? And to narrate the experience.

Keywords: cultural narratives, Omira Lugo, Rafaela Baroni, Cubagua.

Entregado: 19/01/2015 - **Aprobado:** 30/04/2015

¹ Proyecto Financiado por la: Universidad de Los Andes, Consejo de Desarrollo Científico, Humanístico, Tecnológico y de las Artes. N° de Proyecto: NURR-H-522-12-10-B

Tengan cuidado en repetir lo que les voy a contar. Todos oímos las olas del mar pero nadie sabe nombrarlas. Les lanzo mis penas y aparento regresar fuerte al páramo. Entre la mar y el páramo soy un embustero de la imaginación. Tomo las palabras de los que se creen que no saben nada y digo que son mías. Pero hay olores en sus palabras que solo la sal y el frailejón dan. No sé lo que hago cuando creo que estoy haciendo investigación. Solo sé que busco sin encontrar y encuentro el deseo de seguir buscando tan solo que ni acento le pongo. Una impostura metodológica que se aparta de los marcos autorizados para hacer investigación etnográfica. Aunque reconozco que no soy etnógrafo, ni etnólogo, ni psicólogo social, micronista... pero si sé que el nombre científico de la tuqueca debe ir en cursiva y en negrillas y que la pregunta madre de los trabajos etnográficos es: ¿Qué acontece? A lo acontecido lo triangulo para verificar lo que he vivido. Imito a Francisco Vegas (2012) en el arte de recortar lo escrito y ampliar los gozos y los asombros.

La mirada escrita y la fotografía de la escritura para contar el cuento, con las palabras justas y con las que se dicen con silencio. “Pifeo”, cada día tengo menos palabras. Tengo problemas con ellas. No les confío lo que veo por sus olvidos. Mis relatos etnográficos son breves para no traicionar lo extensamente vivido. Por lo engoroso de mí escritura acudo a las fotografías para que aclare, corriendo el riesgo de oscurecer. De allí los usos que les doy para descubrir y contar en forma documentada. Para hacer las preguntas y buscar las respuestas. Hasta el momento todo ha sido en vano pero sigo en el intento. En eso de contar relatos paralelos. Trato de forzar los encuentros de las palabras. La sal de la palabra mar. El desabrigo de la palabra páramo. Así entre el páramo y la mar me topé con la ciudad Nueva

Cádiz en la isla de Cubagua. Por cierto, allí medio entendí lo del ojo de la ficción en la historia de la novela Cubagua.

Pero hoy vengo del cementerio de Trujillo capital, y todavía tengo las imágenes de ayer en mi mente. Una casa hermosamente envejecida, techo de caña brava y madera, tejas del tiempo, paredes sobadas por la gente de “pie de monte de páramo” de Betijoque. La casa está llena de rumas crónicas de historia local apolilladas y custodiadas por los muñecos de un pesebre...el más grande del pueblo. Rostros alargados como colgados en las paredes cubren casi toda la casa.

Son los rostros que pincela Omira Lugo. En la sala reposa el cuerpo de su hijo. Golpe del destino que toda madre teme.



Pinceladas de Omira Lugo en su casa de locura creativa. Fotografía del autor.

Es cuaresma, a cinco días del miércoles de ceniza y a cuatro de la octavita. Una *Hemidactylus mabovia* (tuqueca) es testigo de lo que estoy por decir: por la puerta principal entran muñecas de trapos, osos frontinos, bailarinas, mamarrachos... todos en comparsa le presentan los respetos a

Omira. Nada consuela, nadie se inmuta, todos sabemos que estamos en la casa de la creación. En el patio juegan venados encantados. Van y vienen desde el paraíso de Aleafar donde hace cinco días se venciera al tiempo. Rafaela es Aleafar. Aleafar es Rafaela Baroni. La que ha muerto dos veces, la que se le han muerto tres maridos. Y el cuarto, recién estrenado, está preocupado. Rafaela tiene setenta y cuatro años, de Aleafar no se sabe cuántos, pero Baroni se siente maravillosa, se siente como de quince. Así son las ganas. Ganas que quisiera tener para ver escrito una novela sobre su vida pero me ganó Sergio Chejfec con su novela Baroni: un viaje. (2007).

De salida los disfraces voltean hacia la puerta principal. Todo es silencio. Las serpentinatas se mueren en las manos. Mas alantito las máscaras vuelven a obrar. La Virgen de los Espejos con cara de Rafaela funge de jurado de las carrozas del carnaval. Rafaela Baroni y Omira Lugo se reinventan en las adversidades, las he visto en dolor y parecen estoicas. Rafaela tiene las maletas preparadas con nada. Solo un traje azul y una urna donde se mete cuando está cansada. Al igual que Omira ya ha visto la muerte de frente y de retirada. Saben que la muerte no demora ni se revela. De allí el aquí y el ahora del gozo de sus vidas y sus filosofías del vacío.

Rafaela y Omira. Omira y Aleafar. Las dos son sabidas. Se preguntan y repreguntan hasta obtener repuestas en sus creaciones. Verdes, blancos, rojos y morados reinan en el aire. Liturgia del color. Hay cenizas en el fogón, signo de que estamos de paso. Aun así la vida es más poderosa que la muerte. Y la resurrección no la he visto. Entre el páramo y la mar todo me parece familiar, todo me parece nuevo. Como si mi espíritu tomara otro cuerpo siendo el mismo. En el páramo soy hombre de la mar. En la mar soy hombre

de tierra firme. Todo cuerpo es un libro. Se puede leer en él. Mi cuerpo tiene escribanías de sol y montaña. Libro mi cuerpo.

Caminante en el páramo. Navegado en la isla de Cubagua. Hay mar de fondo. Sal pal puerto que en el puerto hay. Me enrumbo hacia Punta de Piedras por tierra y mar. Por aire no alcanza con lo que tengo. Peñero y chinchorro púrpura me esperan. El peñero para llevarme a Cubagua. Para manifestar en contra de una corrida de toros celebrada en 1527 en Nueva Cádiz, la primera ciudad española fundada en estas tierras. Pero ¿Por qué ahora después de tantos años? Porque ahora es cuando me entero. El chinchorro lo dejé con la intención de regresar. A veces hay que alejarse para ver mejor. Armando Reverón, el pintor de la luz, se alejaba en un peñero para ver de acullá la costa dónde vivía. De haber estado cerca de Betijoque sus muñecas de trapo hubiesen acompañado a Omira Lugo en su dolor. El disfrazado de muerto y su eterna Juanita Ríos de dominó.

Me dan ganas de hacer una fiesta de muñecas e invitar a Aquiles Nazoa para que nos cuente la vida privada de las muñecas de trapo, a Zobeida Jiménez, la muñequera de alma, vida y corazón; a Rosalía Valero, la que no permite que sus muñecas se queden sin bautizar; a Leonía de San Pedro con sus muñecas feministas de género histórico, y uno que otro arrocero pero eso sí que jueguen con muñecas. Sabido es que los juegos no discriminan. Uno los discrimina a ellos. Bueno, uno no sería problema pero somos más de uno. Más de uno discrimina al prójimo por no verlo próximo en color, religión, sexo, imaginarios y certezas. En esta fiesta tomaremos vino por el regreso pródigo de los métodos en estudios humanísticos. Y dejaremos de justificar sus hallazgos utilizando los protocolos de las ciencias naturales. Arriesgaré los aciertos y lo inciertos.



La fotografía no es fotografía porque la ves, es fotografía porque te retrata.
Fotografía: Autor

Cubagua en el “Paraíso de Colón” es narrado poéticamente por Juan de Castellano. El encuentro con Cubagua en la narración poética de Juan de Castellano se lee: “La isla de Cubagua nos enseña/ Este natural cambio claramente./ La cual aunque es estéril y pequeña./ Sin recurso de río ni de fuente./ Sin árbol y sin rama para leña/ Sino cardos y espinas solamente;/ Sus faltas enmendó naturaleza/ Con una prosperísima riqueza”.

Caminante y navegado soy. Mi peñero es sordo mudo. En él llego a las ruinas en ruinas de la Nueva Cádiz. Silencio de Ruinas. La isla susurra. La tierra sueña días mejores. La mar no es la misma aunque parezca. De ranchería a asiento. De asiento a villa. De villa a ciudad. Y de ésta a ruinas. 1516: 1521: 1526; 1528; presente. Muchos españoles, muchos indígenas y muchísimos negros se los tragó la mar como madre escorpión. Caminar es un acto sagrado. Visito la ermita. Voy al mercado. Visito la botica. Muchos huesos, estoy en el cementerio. Le pescaron sus tesoros ayer. Le asaltan los expertos de hoy. La Nueva Cádiz sueña. Los pilones de los muelles siguen en la mar como la iglesia

del pueblo de Potosí de Pregonero del estado Táchira. Su cruz se hace visible en su lago artificial. Entre el viento de la mar se escucha discurrir a Esopo y Bocacio. Ayer como hoy se lee poco pero se lee.

Como dije cada día me cuesta más escribir. Verme escribir que estoy escribiendo. Por aquello de la creación y el plagio. De tener la lengua tan larga como el colibrí que tiene una cavidad en la cabeza donde la enrolla; buscaría en ella la palabra adecuada. La palabra no manifestada. La palabra que nombra lo no dicho. “Si digo colibrí la palabra no alcanza/ a definir la sombra/ del ala sobre un pétalo”. De tomar fotografías, le pediría al colibrí retratar al olvido para mostrarlo y vencer la desmemoria.

Un por qué trae un para qué. Dos lecturas me anclan. Uno escrito para chamos: Chamario de Eduardo Polo (Montejo) e ilustración de Arnal Ballester. Por aquello de que “También nosotros, los adultos de cualquier edad, llevamos de la mano al niño que fuimos”. Tal vez por eso, El Filósofo Saltamontes me retrata en su contraportada: “...no puede detener su pensamiento, las

ideas le rebotan en el cuerpo. La distancia es su alimento, la razón de sus horas. Como un saltamontes viaja a través de imposibles geografías, en busca de un lugar donde dudas y certezas encuentren equilibrio y él mismo se convierta en distancia”. De allí el por qué y el para qué de mis constantes viajes entre el páramo y la mar (Cubagua) y viceversa. Pájaro de mar por tierra. Borrasca segura.

Veo lo que otros no ven. Escucho lo que los otros no oyen. La isla no es silencio. Las ruinas hablan. Los cardones no son mudos. La arena no es estéril. Españolas, indias y negras caminan por sus calles. A amancebarse llaman. La “camacha” ayer. Amiga del alcalde mayor Pedro de Matienzo. La “gallona” más reciente. La carne es débil y más si está a pleno sol. Negras azabache, leonadas, blancas... Las veo pasar. Amancebadas sin amancebarse. Las perlas son la gran igualadora de la honra y posición. Machacando a Machado: poderosa señora es doña perla. Quiero pensar que es una Isla que solo ven los ojos nuevos.

La mar se tiñe del rojo del negro. Del rojo del indio. Resuellan. Se zambullen. Sombrero de hierro en el indio primero. Sombrero de hierro en el negro después. Buceo de cabeza de dos a cincuenta metros donde viven las ostras. Las hallan. Si no las hallan, azote con ellos. Desde que sale hasta que se pone el sol. La mitad de sus vidas sin aliento. En el ripio de las ostras las perleras (mujeres) buscan la perla que se le escabullo al perlero. Los fantasmas de lejos asustan más. Necesito ponerme a la sombra. No lo consigo. Se me incorpora el saltamontes que duda de la duda sin parar de pensar. Conviviré con la duda como fuente de crecimiento espiritual.



Todo lo que somos comenzó en Nueva Cadiz Cubagua. Fotografía: Autor

Nada de pretensiones Las perlas se parecen a mí. Yo me parezco a ellas. Somos extraños. Ellas en las ostras. Yo en Cubagua. Un grano de arena en las ostras. Un grano de arena en mi zapato. Mar de fondo. La procesión viene desde el páramo. No paro de caminar. Caminando ando. No paro de pensar. Hablo solo para escuchar lo que pienso. Escucho a los otros pero no pregunto. Pregunto sin preguntar. La mirada pregunta. La lengua responde. El cuerpo pregunta. La mirada responde. Todos hablan a la vez. El tono se los da la mar. El tiempo se los da el tiempo. Páramo y mar están en la misma red. Lo que se cosecha en el páramo se recoge en la mar. La red que se tira a la mar se arrastra a tierra de nubes.

Bajo las velas y sigo. Betijoque a ti regreso. Trescientos setenta y cinco lunas para regresar a ti. Nada consuela a Omira Lugo. Altar de por medio con velas a medio consumir. Reza a un año de su partida. Toma tiempo dejar ir el alma de un hijo. No pinta santos porque ellos han sido pintados. Sus cuadros tienen voces de raza. Son tan fuertes como sus títulos que no son a medias tintas: “Preferimos estar en el cielo que estar gobernados por esta cuerda de locos”; “Somos la raza sin embargo por el poder del dinero nos cambiaron el nombre y nos pusieron ¿indios?” Veo a Omira y veo sus



Omira Lugo son sus cuadros, sus cuadros son Omira Lugo. Fotografía: Autor

cuadros. Veo a sus cuadros y veo a Omira. Si la leo la escucho “Algunas de mis obras son críticas que hago yo a la gente, por ejemplo. El cuadro de La mujer con oreja de burro es porque algunas mujeres no se valora y se dejan engañar por los demás”. Se sienten presencias de más de una vida. Los ojos de los rostros de los cuadro de Omira ven que miro por todas lados. Trato de no ofender. Omira no quiere verse en sus cuadros ¿Estaré entrando a la casa de la locura?

Cuerdo soy. Pero no importa que entre sino que salga y entre a mí antojo. Allí está el peligro, que entre y no salga. Loco de remate y de atar. Menos peligroso es no vivir. Tomaré el riesgo de vivir. De escribir. La tuqueca que me sirvió de testigo es la única que escucha la voz del cronista del pueblo y compañero sin habla de Omira, Rafael Argüello. Voz que no se apaga y que lucha

por ser escuchada. La historia oficial quiere tachar, y garabatear otra memoria.

Hay olores de hinojo, laurel y no tanto de cilantro en el ambiente. El patio sigue encantado. Dos esculturas toman vida. Se tiran por un columpio de nubes. Vuelan en redondo en burro de madera. Se turnan en el columpio y se mecen. Tocan el cielo, rozan la tierra. Le gritan abuela. Acordamos una cita de madrugada cuando el don de la creación se le manifiesta. Aquí estaré a la espera de su llamada antes de poner proa al mar. Mientras tanto agarro mi garabato que se parece tanto al garapiño. Para no olvidar lo que amo.

Todas mis conclusiones son engañosas como la escribanía al pie de una fotografía, tal vez innecesarias. Que practico el género de investigación que promueve el saqueo ya que tomo de aquí y también de allá,

invitando al lector hacer mi cómplice. Otro modo distinto de la investigación. Donde el plagio creativo, las mentiras verdaderas la imaginación, los amores, las angustias... entran en juego. Eso sí solo robo lo que me llega al alma.

Se intentó el arte de contar lo mínimo. Evitar la hojarasca y no se logró. También concluyo que no soy fotógrafo, ni escritor, ni etnógrafo. De lo único que puedo concluir es que la mirada escrita y la fotografía de la escritura no son nada originales pero si auténticas.

Bibliografía consultada e inconsulta:

Bernardo N, E. Cubagua. Caracas: Ediciones La casa de Bello.1978

Chejfec, S. Baroni: un viaje. Buenos Aires. Ediciones Alfaguara S.A. P. 2007. 181 p.

Goldberg, J. El filosofo saltamonte. Caracas: Alfaguara. 2008

López, A. Margarita y Cubagua en el paraíso de Colón. Mérida: Universidad de Los Andes. 1997. 183p.

Lugo, O. Autobiografía. Ministerio del Poder Popular para la Cultura. 2012. 50 p.

Montejo, E. Chamario. Caracas: Ediciones Ekare. 2004

Prieto F, L. Isla de azul y viento. Caracas: Ediciones Centauro. 1986. 97p.

Vegas F. Los peores de la clase. Caracas: FANARTE C. A. Segunda Edición. 201